

Concurso de Literatura 2020
2º Premio – Cuento Matriculados



GUSTAVO SCHALLER

La casona vieja de baldosas

La verdad es que quedó bien la estación; hay que reconocérselo a estos muchachos. Las barrancas siempre fueron lindas pero ahora lucen mucho más. Antes la barrera cortaba Juramento y también Sucre, Echeverría moría con el puente y la milonga “El conventillo” mantenía su vigencia. Ahora el puente permite que las calles fluyan con libertad y que Pampa y la vía sólo sea una letra de tango. Pero bueno, basta de disquisiciones y a trabajar que hay que iniciar otro recorrido.

La 114 es una escuela de aprendizaje sin docentes, porque uno aprende observando a los pasajeros: la gente y su comportamiento enseñan mucho más que un libro. Ahí sube el primero: un joven con cara de estudiante.

-Hasta la U.T.N.

¡Lo sabía! A que va hasta el fondo y se recuesta sobre alguna de las ventanillas para dormir hasta Lugano. ¡Ja! No te digo, ahí va. No sé como hacen estos pibes para despertarse un par de paradas antes de llegar pero lo hacen. Nunca se pasan. Debe ser de inteligentes nomás, por algo estudian en la Tecnológica. ¡Mirá si el día de mañana este muchacho inventa un sistema que revolucione todo! En ese caso me habré sentido parte de ese logro.

-A Ulquiza pol favol.

Chino de acá a la China. Acá hay muchos porque el barrio está acá al lado. Con el asunto éste del coronavirus están en el ojo de la tormenta. ¡Qué fácil nos resulta muchas veces señalar con el dedo y juzgar a las personas!

-Buen día, dos hasta el Pirovano.

El primero que saluda. A veces pareciera que no existimos, que somos parte del colectivo. Nos hacen sentir igual que a la máquina de la tarjeta SUBE. ¡Qué ironía! Me acabo de dar cuenta de que no le contesté y que simplemente marqué los dos boletos en la máquina. Bueno, parece que a veces tan errados no están.

-Buen día, joven, voy hasta Cabildo.

El timbre de su voz tan familiar me hizo levantar la vista y ver a esa dulce anciana sonriendo me hizo estremecer, ya que era igual a mi nona. Su bolsa desprendía un aroma intenso a las hamburguesas caseras con ajo y perejil que sólo ella podía lograr. Entonces me transporté a mi infancia, a aquella casona vieja de baldosas en la calle del empedrado donde pasaba mis tardes de verano.

-¿Qué estás haciendo, nona?

-Hamburguesas, nene. Vení, ayúdame por favor.

Al principio la sensación de aplastar carne picada y dejar que se escapara entre los dedos resultó ser algo extraña, pero al rato empezó a gustarme. Sus dos manazas expertas guiaban a las mías diminutas y se encontraban bajo esas arenas movedizas con olor a ajo para separarse inmediatamente, hasta que ella despegaba de los bordes a la preparación que intentaba escaparse y la volvía a meter adentro.

Me enseñó a armarlas y a darles forma sobre la mesa, me explicó cómo no aplastarlas brutalmente para que guardaran su forma de hamburguesa y de allí a la plancha, esa locomotora plana que inundaba la cocina de humo y grasa cuyo aroma único y exquisito perduraría en la memoria por el resto de mis días.

-Nona, ya vengo. Voy al baño.

-Andá. Pero lavate bien las manos antes de venir.

El baño quedaba afuera, al final del pasillo, donde la puerta se hacía chiquita. Iba caminando despacio, con las alpargatas de antes, las que tenían suela de esparto y que no hacían ruido. Las baldosas blancas y negras formaban un tapiz de rombos bicolores que volvían al pasillo casi infinito. Jugaba a no tocar las blancas y el desafío consistía en llegar en puntas de pie hasta el baño siguiendo únicamente el camino negro. Fue en la mitad del mismo donde empecé a escuchar los sonidos raros.

Al principio me alarmé porque eran de personas agitadas, como asustadas. Después parecía que sufrían porque se quejaban y hasta gritaban, contenidas. Provenían de una de las piezas y eran cada vez más intensos e inquietantes. Sin dejar de pisar las baldosas negras me acerqué a la puerta y miré por la mirilla pero no logré ver nada. Entonces abrí despacio, temeroso pero curioso y allí los vi, a los dos, desnudos sobre la cama. Mis pies perturbados me traicionaron y me hicieron perder el juego porque al correr hacia la cocina pisé las baldosas blancas muchas veces. Cuando ingresé, la abuela seguía concentrada con lo que pasaba sobre su mesada y ni siquiera levantó la vista. Me preguntó si me había lavado bien las

manos y recién ahí me autorizó a meterlas en un segundo bol con carne picada, pero esa vez no me gustó.

Las hamburguesas de la nona eran únicas, aunque la casa de baldosas, desde aquel día, nunca fue igual. Tampoco lo fue la relación con mis dos primos.

-Disculpe joven. Voy hasta Cabildo.

La miré con nostalgia y con algo de tristeza y entonces me convencí de que los años curan pero no del todo.

Le estaba por marcar el boleto cuando el chino que había subido estornudó y la histeria hizo que todos se lanzaran del colectivo en un microsegundo. ¡Hasta el que dormía –no sé cómo- salió disparado! En medio del estupor perdí de vista a la anciana quien dejó olvidada su bolsa. Bajé de la unidad para buscarla y devolvérsela, pero no la pude hallar por ningún lado.

Me vi tentado a abrir la bolsa y comprobar si las hamburguesas eran como las de la nona. Pero allí, en mi soledad del 114, pensé en hacer mi parte y ayudar a que los años por fin curen del todo; metí la nariz dentro de la bolsa, cerré los ojos y aspiré profundamente hasta regresar a aquella casona vieja de baldosas en la calle del empedrado.